

Gina Saraceni (Caracas, 1966). Crítica, poeta, investigadora, profesora. Licenciada en Letras; Magister en Literatura Latinoamericana; Doctora en Letras de la Universidad Simón Bolívar de Caracas donde fue profesora titular desde 1995 hasta el 2006. Actualmente es Profesora Asociada del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá donde es editora de la Revista Cuadernos de Literatura. Del mismo modo, es profesora adjunta de la Maestría en Literatura Latinoamericana y del Doctorado en Literatura Latinoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito. Especialista en teoría crítica y literaria, literatura latinoamericana (siglos XX y XXI), poesía venezolana, poéticas vegetales y animales.

Sus libros de crítica son: *La soberanía del defecto. (Legado y pertenencia en la literatura contemporánea)*, (2012); *Escribir hacia atrás. Herencia, lengua, memoria*, (2008). *La llegada inconclusa. Tránsito y desembarco de tres viajeros británicos en La Guaira (1830-1871)* (1997).

Autora también de: *En-obra. Antología de la poesía venezolana contemporánea (1983-2008)* (2008), de *El verde más oculto. Antología poética* de Fabio Morábito (2002) y coautora con Antonio López Ortega y Miguel Gomes de *Rasgos comunes. Antología de la poesía venezolana del siglo XX*, Valencia, Editorial Pretexto, (2019).

Sus poemarios son: *Adriático* (2021) publicado por la editorial Javeriana en la colección de poesía; *Lugares abandonados. Antología personal* (2018) publicado por la editorial EAFIT de Medellín, *Casa de pisar duro* ganador del XI Concurso Transgenérico de la Fundación para la Cultura urbana (2011), *Salobre*, ganador de la Bienal de Coro “Elías David Curiel”, mención Poesía (2001), *Entre objetos respirando*, ganador del Concurso de Poesía “Víctor José Cedillo” (1995).

Ha traducido a Rafael Cadenas al italiano (*L’isola e altre poesie*, Roma, Ponte Sisto, 2007) y a Yolanda Pantin: *I bassi sentimenti*, Roma Ponte Sisto, 2008. Del italiano al español a Alda Merini.

UCCELLI MIGRANTI¹

I

Muchas veces mi padre
habló de aves migratorias.
Me costaba entender
cómo estos pájaros
recorren grandes distancias
en busca de tierras
templadas y alimento.
En una carta le pregunté
por qué pueden volar
por tanto tiempo,
qué sienten en las alas:

Cara Gina,

Il nome del volatile da te richiesto si chiama anatra, che
parte da lontani posti freddi per approdare nelle nostre
spiagge e poi rimanervi fino a Settembre mese di rientro con
figli al seguito. Cacciatori permettendo.

Durante la traversata lunghissima, l'animale appoggia l'ala
sulle onde senza fermarsi, strisciando sull'acqua.

Infatti, quando arriva in spiaggia, ha un tessuto consumato
che crea come un orlo decorativo.

Ecco la risposta a ciò che mi hai chiesto.

II

Son patos las aves
que apoyan en el agua
el cansancio del vuelo.

En el encuentro
entre el ala
y la ola,

el plumaje gastado
y la fricción del mar,

¹ Los textos presentados en esta antología forman parte del poemario *Adriático* (2021).

la voz de mi padre,
v a s t a
como el cielo que surcan
los pájaros migrantes.

AVENIDA CARONÍ

Mi padre trabajó toda la vida
en la avenida Caroní
de Colinas de Bello Monte.

Habitó cada comercio
del pequeño país
que fue para él
esa calle arbolada:

Zapatería Zimbardi
Supermercado California
Librería y Papelería Caroní
Electro Auto Potenza
Abasto Anna
Panadería Magdala
Edificio Sorrento
Sastre Di Sevo
Pescadería Napoleón
Edificio Maryfrank
Foto Ranieri
Ferretería Cacique
Fantasías Ilme: mercería, adornos, regalos
Banco Latino
Cauchos Ibarra

Una geografía afectiva.

Aquí abrió una tienda
de artículos para el hogar
y la llamó Frentana
como una antigua población
de su Abbruzzo natal.

Aquí fue un joven
de veinte años
que importó de Italia
vidrios de Murano,
cuadros pintados en serie,
y después ollas, cubiertos,
bandejas de acero, cafeteras,
que llegaban en grandes *containers*,

desde Génova hasta
el puerto de La Guaira.

Aquí tuvo nostalgia
de Italia y escribió
cartas a sus parientes,
amigos, proveedores,
en su máquina Olimpia.

La avenida Caroní
fue oficina y sala de exhibición
de los artículos para el hogar
que importaba y vendía
con la certeza de que eran
los mejores de “la piazza”.

Aquí pasó la vida
diciendo cada vez que podía:
“Andiamo avanti”,
mientras miraba
el retrato de su madre.

Tan lejos está ahora mi padre
de la avenida Caroní.

OLIMPIA

Cada día regreso a
la voz de mi padre:

lo veo escribir en
su máquina Olimpia
y oigo las teclas
moverse hacia Italia,
cada letra hacia el otro
lado del Atlántico
de donde un día
partió con una Vespa
y un acordeón,
sin saber la lengua
de los pájaros.

Vuelvo y lo llamo:
escucho que repite
el nombre de un
caballo negro
que en otro tiempo
cruzó el verano
con *aquel galope inmortal*.

Lejos quedamos
del canto de los loros,
del amarillo de los mangos,
del cobijo de los samanes,
pero más lejos todavía
del litoral donde llegó
mi padre con otro mar
en el corazón,

más solos,
arrojados,
huérfanos.

OFRENDA

El mar deposita
troncos en la playa
para que los hombres
resistan como los árboles.

CARMEN DE URÍA (1999)

A Graciela

En el Litoral Central,
vía Los Caracas,
—entre Tanaguarena y Naiguatá—,
estaba Carmen de Uría.

En diciembre de 1999
la lluvia desbordó los ríos,
una ola gigantesca
se abatió sobre el poblado
hasta borrarlo.

Solo sobrevivieron
—pequeñas islas en medio del desastre—
dos restaurantes:
Pobre Juan
y El Rey del Pescado Frito.

La talla enorme
de un pez naranja
con corona y cetro
—que anuncia la llegada
a estos establecimientos—,
resistió al borde de la carretera.

No pudo la destrucción
con el rey pobre de los peces.

Una víctima del deslave,
luego de ser arrastrada al mar,
nadó hacia el pescado del cartel
y así supo donde estaba.

Desde entonces
duele el mar
cuando lo miro.

GEOGRAFÍA

Las clases de geografía
me enseñaron
a imaginar el mundo.
En un atlas
buscaba los países,
los mares, los desiertos,
y me preguntaba
cómo podía caber
tanta inmensidad
en una página.

Una vez,
para un examen,
tuve que elegir
un continente
y escogí Oceanía
por los canguros
que cargan
a sus pequeños
y saltan como grillos
en la sabana.

Mi abuela me decía:
“guarda la natura”,
entonces empecé
a buscar el mundo
entre la hierba,
cerca de las piedras,
en medio de las hojas.

La geografía se
volvió la espera
de lo que tarda
en revelarse.